

RUTAS CON LEYENDA



JOSEAN
GIL-GARCIA
ARGOTE

EUSKAL HERRIA

SUA
EDIZIOAK

RUTAS CON LEYENDA



ÍNDICE

ANTES DE ENTRAR EN MATERIA	9
INTRODUCCIÓN.....	10
CARACTERÍSTICAS DE LAS RUTAS.....	14
COMPENDIO DE LAS RUTAS.....	16
● ARABA.....	22
1. El eco de la sima de Okina	24
2. Urrialdo, la morada del basilisco	29
3. Caserío de La Encontrada.....	34
4. Las brujas de Lezeaga.....	39
5. La senda de La Traición: del Cerro de la Horca a Rojanda.....	44
● BIZKAIA.....	48
6. Aranekoarri, en la encrucijada de Arna.....	50
7. El Limitado, de puente en puente	55
8. Urduña, paisaje dorado	59
9. Illunzar, guardián de la sima de Iñeritze	64
10. Los lamentos de la cueva de Urallaga.....	69
● GIPUZKOA.....	74
11. Mendikute, fortaleza y gruta	76
12. Kizkitza, vocación marinera.....	81
13. Altzo, gigantes fuera de serie	86
14. Ruta a Murugain.....	91
15. Kurutzebarri, faro de Zaraia	95
● NAFARROA.....	100
16. Reliquias naturales de Berrotza.....	102
17. La gruta de Gartxot	107
18. El Fraile, ícono de la Bardena Negra	112
19. Los bienes del brujo de Bargota	117
20. La grieta de Ollobarren	121
21. Leitza, homenaje a la piedra	126
● IPAR EUSKAL HERRIA	130
22. La ventana de Athekagaitz	132
23. El refugio de Abadia	137
24. Una cueva santificada	142
25. Mondarrain, una cima referencial	147
26. Hitos culturales de Zuberoa	152

ANTES DE ENTRAR EN MATERIA

En este libro las leyendas no se amontonan como la ocre hojarasca en el lecho del bosque. No es un mero catálogo. Más bien se trata de un paisaje verde, un espacio en el que maduran poco a poco los frutos. Puesto que las rutas propuestas solo requieren de un mínimo esfuerzo, podremos gozar del camino mientras revivimos el texto y a la vez pausamos la mirada en el paisaje. Como es sabido, la naturaleza sabe acoger sin prejuicios a todo aquel que se acerca a ella.

Recuerdo, al hilo de textos y literatura, la grata sorpresa que supuso el hallazgo del manuscrito de Joan Perez de Lazarraga en enero de 2004, además del eco mediático que ello occasionó. Era *vox populi* aquel regalo que nos hizo el señor de la torre de Larrea: unos textos escritos en el siglo XVI en euskera que contenían una novela pastoril y un extenso poemario.

También recuerdo el descubrimiento de los vetustos robles de Munain, de la misma época. Resulta paradójico que hayan tenido que transcurrir cientos de años para que nos demos cuenta del inmenso valor de esos árboles. Ante sus troncos arrugados, no puedo sino sentirme pequeño y reconocer con humildad su legado. Porque me asombra pensar que esos robles no eran más que tiernos brotes en los tiempos en los que Lazarraga se afanaba con sus trabajos literarios.

Por lo tanto, las rutas recogidas en este libro no son sino pequeños estímulos para que fijemos nuestra atención en lo cercano. En otras palabras, son reclamos para que escuchemos con interés las emocionantes narraciones transmitidas de generación en generación. Gracias a ellas, caminaremos por entornos naturales mientras el paisaje nos habla y nos descubre sus formas, colores y sentidas heridas.

INTRODUCCIÓN

Las leyendas las crean los pueblos, con su valor, esfuerzo y deseo. Son relatos que se han transmitido de forma oral de generación en generación, enraizados con fuerza en la tierra que los vio nacer. Como las flores en los jardines, las viejas narraciones legendarias son plantas que crecen en las faldas de colinas y montañas. Es sabido que cada especie necesita su dosis exacta de agua. Así se mantiene la vegetación exuberante, sin ahogarse por exceso ni secarse por defecto. Podemos imaginar a nuestros antecesores como

jardineros que aprovechaban los momentos de calma para conversar con sosiego, como si fueran los cultivadores del parque de las palabras. Seguro que rememoraban viejas narraciones al calor del hogar en el caserío, en ese ambiente mágico que crea el chisporroteo de la leña al arder. Inmersos en un mundo colectivo imaginario, aquellas mujeres y hombres construyeron una memoria común en la que priorizaron los valores que consideraban primordiales, imprescindibles. Por lo tanto, las leyendas palpitan y perduran en el tiempo.

El pico Orhi desde Escaliers.



Hoy en día nadie conversa a la luz de las velas, ni rememora viejas narraciones en las tardes de invierno. El ritmo de vida no nos lo permite. Nuevos estímulos enmascaran nuestra necesidad de acercarnos a la naturaleza. Como si fuera una obra de teatro, el imaginario construido por la comunidad rural queda al fondo del escenario. El investigador Iñaki Ustarroz ha destacado que la comunicación oral ha sido la vía por la que la humanidad ha transmitido sus conocimientos de generación en generación desde la noche de los tiempos. De boca en boca han llegado a nuestros días las viejas creencias y tradiciones. En otras palabras, la cultura.

Las leyendas populares, los mitos o cuentos suelen ser una de las mejores vías de acercamiento a la personalidad de un pueblo, cauces adecuados para explicar fenómenos que carecen a priori de explicación lógica. Las generaciones pasadas reflexionaron guiados por la palabra sobre elementos comunes de su vida diaria. A buen seguro que hablaron de la profunda sima que oculta el marjal de Okina, o de los lamentos y llantos estremecedores de la cueva de Urallaga. O, por qué no, de la joven muchacha que perdió la vida en el sendero entre Murgia y Orozko, o de la admiración que suscita el brujo de Bargota.

Primero, la comunidad crea explicaciones para justificar la existencia de hechos extraordinarios. Es el caso del Sendero de la Traición, en la Rioja Alavesa, de la parcela del Limitado, territorio en disputa entre Otxandio y Aramaio, o del remoto caserío de La Encontrada, en los límites entre Urkabustaiz y Zuia. Luego, la comunidad adorna con su imaginación los hechos históricos y aporta detalles. Finalmente, los transmite, sin preocuparse por su forma literaria, poética o científica. Porque la leyenda siempre transmite un poso de verdad.

Jose Miguel Barandiaran recogió leyendas que explican que la Tierra no es un ente estático, sino que se mueve muy despacito. Según esas narraciones, algunas comarcas se desplazan a ritmo lento. Pero la Tierra, al mismo tiempo, es hogar de gigantes y genios de enormes dimensiones que lanzan pesadas rocas aquí y allá y escalan las cimas de los montes. En otros lugares hacen temblar los parajes, como ocurrió, por ejemplo, con los peñascos gemelos de Hendaia.

También el mundo subterráneo ha dado de qué hablar. Basta con caminar con los ojos bien abiertos para darse cuenta. Estos son algunos de los lugares que nos hacen estremecer: la sima de Okina, los pasos secretos de Mondarrain, la tentadora sima de Ineritze y la oscura galería subterránea del castillo de Sancho Abarca. Se



Puente de La Encantada

decía que bajo tierra se guardaban oro y grandes tesoros. Pero, ojo, porque custodian los accesos culebras y dragones (Herensuge).

A juicio del investigador Félix Muguruza, resulta difícil imaginar cómo percibían su entorno cercano nuestros antecesores. Eso sí, contaban con pocos recursos para hacer frente a las desgracias, la muerte, las enfermedades y miedos.

Si hablamos de brujas, Becerro de Bengoa describió en 1880 las simas de Lezeaga, en el entorno de Laudio, como uno de sus refugios habituales. Décadas más tarde, Barandiaran recogió una historia con final funesto en la cueva de Sorginzu. Al parecer, una muchacha andaba a su antojo por ese paraje encantado. Al final, se convirtió en bruja y, de vez en cuando, aparece por el lugar.

En otras leyendas, brujos y brujas aparecen como seres insaciables que, en su afán por lograr sus caprichos, se acercan a molestar al ser humano. El escritor Joan Mari Irigoien escribió esto sobre los brujos en su poemario *Urruneko motorrak mila zaldi* (2012):

Sorginen artean ere,
mundu guztian bezala,
badira onak
eta badira gaiztoak,
argiak eta babalastoak,
garbiak eta sarnaztoak,
esker onekoak eta eskergaiztoak.
Gehienek, gainera,
badute batetik eta bestetik zerbaite,
mundu guztiak bezala,
nork bere piztia,
nork bere bildotsa...

Resulta evidente que las generaciones pasadas conocían bien el valor de la palabra. El experto en neuro-educación David Bueno sostiene que las palabras son los ladrillos de nuestro pensamiento, imprescindibles para pensar de un



Flores y colores visten nuestro camino.

modo complejo. También lo hacían nuestros antecesores, que añadían silencios a las palabras, siempre con la vista puesta en que la comunidad no se equivocara en las reflexiones más profundas. Por tanto, no se trata solo de buenas palabras, sino de agentes de gran importancia en la transmisión cotidiana de pensamientos. Al fin y al cabo, pensar es hablar con uno mismo.

Haizeak leun jotzen du aurpegian
xuxurla-xuxurla
ipuinak eta pasadizoak kontatzen.
Zenbat istorio ez ote ditu
batetik bestera garraiatzen!

Leire Bilbao
(*Barruko hotsak, eta beste soinu txiki batzuk. 2021*)

Las leyendas no son efímeros o intranscendentes productos de caprichos aleatorios. En palabras de José María Satrustegi, estas narraciones se encuadran en una categoría superior del conocimiento humano que da cuenta de su percepción del mundo y de la fuerza de la naturaleza. No son contrasentidos ni meros reflejos de un pensamiento mágico. Hay que verlas como un salto cualitativo del pensamiento.

CARACTERÍSTICAS DE LAS RUTAS

En este libro de la colección Euskal Herria recorremos los siete territorios históricos para conocer sus espacios naturales. Los itinerarios son pretextos para disfrutar de rutas montañeras mientras leemos viejas leyendas. Una humilde aproximación al *asaba zaharren baratzea* (huerto de nuestros antepasados) del poeta Xabier Lizardi. Eso nos aporta la tradición. Juan Kruz Igerabide eligió el paraje de Ursalto para su libro *Ura Saltoka*. Sabía que allí habitan las lamias, que chapotean entre pozas y fuentes. Y es que las lamias son, precisamente, representaciones de los sentimientos y de las emociones de los seres humanos.

Las rutas elegidas para este libro también son así: humildes y plenas de emociones. A medida que caminamos, descubriremos paisajes conocidos y otros no tan conocidos. Como diría el propio Igerabide, primero consiste en echar un trago, luego una mirada a los cauces reclinados y a las trenzas permanentemente peinadas del arroyo y, al final, tranquilizar la respiración. Para andarines apresurados como nosotros, no es poco.

Se nos presentan planes perfectos para visitar grandes peñascos, rocas agrietadas, majadas y simas empapadas de necromancias, grutas santificadas y, por supuesto, numerosas cimas repartidas por todo Euskal Herria. Asimismo, podremos escuchar leyendas y narraciones que forman parte del imaginario colectivo del país. Con esa intención se ha escrito este libro.

En total son 26 rutas para realizar en cualquier época del año. Cuando cae la hoja, por ejemplo, los bosques ofrecen parajes plenos de belleza cromática. En cambio, cuando la niebla envuelve la arboleda y no nos permite realizar toda la ruta, puede ser un buen momento para imaginar cómo sería caminar sin rumbo fijo, por senderos sagrados; por ejemplo, poder seguir los pasos de un ser mitoló-

gico que todo lo ve. Entonces quizás sea una buena idea echar a andar bajo la mirada de la niebla. El rumor de las hojas nos ayudará a seguir el rastro.

El escritor Patxi Zubizarreta, en su obra *Mundua baloi batean* otorga el protagonismo a un niño llamado Nikolas. Primero da unos pasos hacia atrás con decisión. Su intención es coger carrerilla para golpear el balón, ubicado en el sitio perfec-

to, y realizar el disparo más potente de la historia. Sin embargo, mientras retrocede comienza un extraordinario viaje por el mundo. El autor entremezcla con habilidad pequeños relatos, juegos de palabras, acertijos y canciones. Quizás nosotros andemos como Zubizarreta en estas 26 rutas: a veces recordaremos viejas leyendas; otras veces nos cautivarán la belleza de los parajes naturales.

A partir del tipo de narración o leyenda al que se vinculan, podemos dividir las 26 rutas en cuatro bloques:

- Leyendas referidas a los nombres de montes y lugares: 3, 5, 7.
- Relatos que nos recuerdan la aparición o la desaparición de pueblos, ríos, símbolos o personas: 2, 6, 8, 12, 14, 15, 16, 23, 24.
- Narraciones sobre brujos, diablos o lamias: 4, 11, 19, 25, 26.
- Leyendas que versan sobre personas que aparecen en montañas, cuevas, grietas o grandes peñascos: 1, 9, 10, 13, 17, 18, 20, 21, 22.

Cumbre de Mendikute, en Gipuzkoa.



1 El eco de la sima de Okina

Entre Gutxisolo y la peña del Silo, en un rincón camuflado por el quejigal, se encuentra la sima de Okina. En el tránsito de nuestra ruta llegaremos hasta su borde, pues una gruta así no pasa desapercibida. Un puñado de leyendas y narraciones nos acompañarán hasta las entrañas de la tierra mientras completamos un trayecto mágico por la vetusta calzada que enlaza las localidades de Oketa y Sasete.

La fuerza interior

La sima de Okina tiene diez metros de anchura y 35 de profundidad. Como ocurre con otras grutas, son abundantes las leyendas de la comarca de la Montaña Alavesa en las que aparece citada. Se dice, por ejemplo, que en su interior se producen tormentas y charrones. También que por ahí suele andar la diosa Mari, con forma de toro, carnero u oveja. Otras narraciones nos recuerdan que acercarse al borde de la sima puede acarrear la caída a su interior. Es lo que se dice que le pasó a un pastor que buscaba sus ovejas. Tuvo la feliz idea, mientras se precipitaba, de acordarse de la Virgen de Arantzazu. Al día siguiente, el pastor apareció en el campanario del santuario guipuzcoano.

Otra leyenda relata como un zagal que intentaba coger un cordero se dio cuenta de que el animal que le acompañaba le atraía hacia el interior de la sima. Al instante se encomendó a la Virgen de Arantzazu y logró salvar la vida. El cordero, en cambio, quedó para siempre en las entrañas de la tierra. Una leyenda del siglo XIV se remonta a la boda de la hija de Joakin Gauna, de Arratia, poderoso señor. Se iba a casar con un humilde pastor. El padre de la novia, contrario al enlace, exigió al enamorado que le trajese el carnero de oro que los brujos custodiaban en la sima de Okina. Era la condición si quería obtener la mano de su hija. Convencida de que se trataba de una trampa la hija y el pastor se precipitaron al abismo.

Oquina es el punto de partida. Aunque la localidad pertenece a la comarca de la Montaña Alavesa, se ubica cerca de Gasteiz. Solo se puede llegar por la zigzagueante carretera que corona el alto de Okina. Dejamos nuestro vehículo en la plaza del pueblo, junto a la fuente y abrevadero.

Damos nuestros primeros pasos por la calle Piruleta. En el primer cruce, giramos a la dere-

cha para tomar el camino que se interna en el desfiladero de Okina. Acompañados por las balizas del sendero GR 38, realizamos unos cien metros sin variar la dirección. Luego tomamos el camino forestal que, por la izquierda, se dirige a la sima de Okina.

A avanzamos por un camino pedregoso, con el valle de Lizerana como referencia. En primave-



Hayedo de Etxaburu.

ra, especialmente, la generosa vegetación que nos circunda en la subida acoge a una amplia gama de especies de aves. Espinos blancos, cornejos, tilos y rosas, entre otros, acaparan ahora el protagonismo. A medida que subimos, obtendremos una bella estampa del pueblo de Okina y del desfiladero excavado por el río Ihuda. Sú-

bitamente, el camino se divide. Optamos por el ramal que sigue por dentro del hayedo.

Algo más arriba, pasamos sobre el modesto regato que discurre por la vaguada de Lizerana. Continuamos por el pedregoso camino, en la dirección a la que nos obliga el valle. No por mucho tiempo. Al llegar a otro cruce, abandonamos



El río Ihuda crea pozas y saltos de agua a su paso por Okina.

nuestro camino y tomamos el sendero que, por la izquierda, se lanza cuesta arriba. El escarpado sendero nos deja finalmente en un claro. Allí nos encontramos con el camino procedente del llano de Etxaburu. Giramos a la izquierda y, tras andar

unos cien metros por el sendero, llegamos a la sima de Okina.

No se trata de una de esas grietas que se advierten desde lejos. La primera vez que nos acerquemos a ella nos costará encontrarla. No en

vano, los quejigos enmascaran a la perfección esta cueva con forma de olla gigante. Será nuestro instinto, siempre con el máximo cuidado, el que nos guíe hasta la oscura y mágica boca de la oscura sima.

POR EL CASTILLETE

Tras visitar la boca de la grieta, volvemos al ancho camino. En lugar de descender, continuamos con el faldeo de montaña. Salimos de la protección del hayedo y dejamos el llano de Etxaburu a nuestra derecha. Se trata de un magnífico mirador sobre el desfiladero calizo del río Ihuda. Continuamos a media ladera, como si estuviéramos bailando entre hayas. Así hasta llegar al barranco de Zilikurri. Entonces, durante unos minutos remontaremos la vaguada. Tras cruzarla de lado a lado, el camino principal gira a la derecha. Por él llegamos hasta una barrera. Sin cruzarla, giramos a la derecha y miramos a las tierras onduladas de Trebiñu. Nos internamos en el paraje de Castillete, siempre con la alambrada a nuestro lado.

Llevamos a nuestra vera, por tanto, el límite entre los concejos de Arluzea y Markiz [Markinez]. Cuando la alambrada gira a la izquierda, nosotros continuamos recto, de colina en colina, sin variar nuestra dirección. Tras cruzar extensos pastos, realizamos una modesta subida para ganar una pequeña cima.

Muy cerca vemos un cruce. Con el camino principal, giramos a la izquierda y continuamos cuesta abajo, siempre sin perder de vista el escarpado macizo montañoso de Tolón. Tras cruzar el arroyo del barranco Mazuza, acometemos un prolongado descenso. En un momento dado veremos la localidad de Urarte, en el límite con Trebiñu. Luego aparecerá la iglesia de Sasetar, sobre un estratégico cerro. Enseguida se nos suman las marcas rojiblanas del GR 38, ya en la entrada de Sasetar.

DESFILEADERO DEL RÍO IHUDA

Retornamos a Okina por la garganta excavada por el río Ihuda. A tal fin, nada mejor que seguir la vieja calzada. Dejamos Sasetar a la izquierda y, en compañía del GR 38, nos internamos en



Calles de Okina.

el desfiladero. Enseguida continuamos por el sendero de la izquierda. Aunque aún no vemos el curso fluvial, nos guiará hasta su vera, acompañados por el murmullo del agua. Los vestigios de la vieja calzada nos conducirán después hasta la cascada del Tejo. Encontraremos ese salto de agua nada más ver las primeras hayas y tilos del desfiladero.

El río Ihuda, bien recogido en su lecho, dibuja sus primeras pozas. Hayas, avellanos y fresnos se suman a un paisaje asombroso. Porque lo cierto es que, en este desfiladero de Okina se produce un fenómeno curioso vinculado a la vegetación: aparece en orden inverso al normal. Si

lo habitual es que a medida que ganamos altura veamos, en este orden, encinas, quejigos y hayas, en esta garganta no ocurre así. Por sus especiales condiciones climáticas, que hacen que la humedad se quede en su parte más profunda, las hayas calcícolas aparecen en las cotas más bajas. En las mesetas que coronan los escarpes, en cambio, proliferan los quejigos. Las encinas se han hecho fuertes en las laderas soleadas.

Cruzamos el arroyo que llega desde el barranco de Arangatxa y, por pista de cemento, continuamos por el desfiladero. Superamos el viejo molino y la fuente de Sarona para finalizar nuestra ruta en la plaza de Okina.

FICHA TÉCNICA



TERRITORIO: Araba.

INICIO Y FINAL: Okina.

TIPO DE RECORRIDO: Circular.

DIFICULTAD: Media.

DISTANCIA: 16 km.

TIEMPO: 3 h 30 min.

DESNIVEL: 400 m.

2 Urrialdo La morada del basilisco

En el camino de Martioda a Otogoien se conservan las ruinas del despoblado de Urrialdo. Rodeado de trigos y camuflado en el paisaje, todavía reclama nuestra atención un arco que aún perdura en pie del templo románico de la localidad. Bajo la mirada del basilisco de Urrialdo trazamos un precioso recorrido por las sierras de Badaia y Arrato.

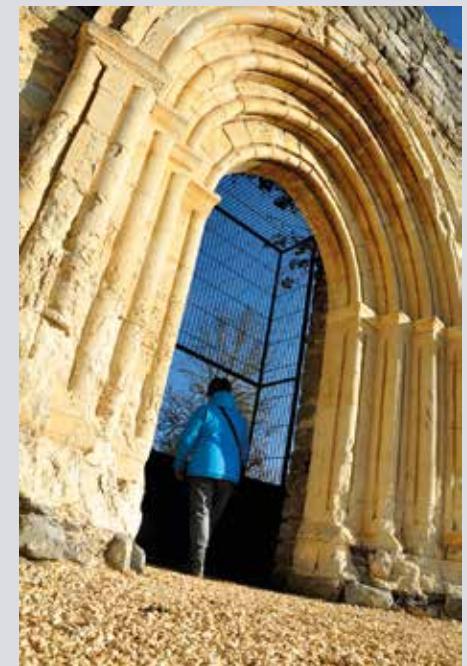
Bajo la mirada de la Piztia

La Piztia [la bestia] de Domaikia y sus maldades se hicieron muy famosas en el valle de Zuia y los alrededores. Quizá son menos conocidos los sucesos acaecidos en la venta de Lupierro (Iruña Oka). La tradición oral de Langraiz [Nanclares] asegura que varios basiliscos con forma de serpiente aparecieron en la zona de Lupierro. Dotados de un ala, conseguían sus deseos con suma facilidad. Como les gustan las zonas húmedas, estas bestias agradecían la cercanía del río Zadorra.

Durante la Alta Edad Media, según desveló la historiadora Micaela Portilla, Lupierro fue una aldea que en los siglos XI y XII contó con una docena de casas habitadas. Con el paso del tiempo la localidad perdió fuerza hasta quedar despoblada. No es fácil saber si las bestias que camparon por sus alrededores tuvieron algo que ver en la desaparición del pueblo. Se dice que aquellos basiliscos poseían una poderosa mirada y que si se sentían amenazados eran capaces de lanzar veneno por la boca.

Con el transcurso de los años, solo quedaron en pie la venta de Lupierro y sus tie-

rras propias, ubicadas junto al camino real de Postas y cerca del río Zadorra. Algunos viajeros del siglo XVIII dejaron referencias



Ermita románica de Urrialdo.

elogiosas de la atención recibida en la venta. Fueron muchas y muchos los que se ocuparon del negocio. Es el caso de Simón Argote, ventero en 1920. Unas décadas más tarde el último ventero tuvo que abandonar Lupierro después de que las llamas arrasaran el lugar. Quizá fue otro basilisco el causante de la perdición de aquella afamada venta.

Algo parecido se cuenta sobre el despoblado de Urrialdo. Las ruinas de lo que fue una aldea de la Llanada hoy están rodeadas de piezas de trigo. En su entorno se solían realizar populares romerías, según recogió el investigador Gerardo López de Guereñu. La Virgen titular de la iglesia perdida de Urrial-

do recibía a sus peregrinos en setiembre. No obstante, la alegría duró poco. Siempre según la leyenda, en el manantial situado tras la iglesia vivía una bestia, quizás producto de la venganza de una bruja condenada a vivir en el retiro. Fuera como fuese, el vecindario tenía gran respeto a la bestia de Urrialdo. Se imaginaron un basilisco, un animal aterrador con una despiadada mirada de odio que le bastaba para acabar con sus enemigos. Desgraciadamente, el templo y la casa aledaña se incendiaron en la tercera década del siglo XX y con ellos desapareció el pueblo. Solo el arco románico de la iglesia sigue en pie. Una buena razón para visitar Urrialdo.

Mendoza (Araba) es el punto de partida de nuestra ruta a Urrialdo. Al llegar al pueblo, estacionamos nuestro vehículo en el aparcamiento aledaño a la torre medieval. Antes de cruzar el pueblo merece la pena visitar, aunque solo sea desde el exterior, la vetusta fortaleza. Admirados de la grandeza del edificio, comprendemos con facilidad la importancia estratégica que en otro tiempo tuvo la ubicación de Mendorra. Controlaba numerosas calzadas y caminos: la garganta de Argantzun, las rutas arrieras de Kuartango, el puerto de la sierra de Arrato...

Echamos a andar hacia la zona de la iglesia. Queda a nuestra izquierda la sede de la Junta Administrativa de Mendorra y, al llegar a la altura de la casa con el número 19, continuamos recto sin subir hasta la atalaya donde se alza el templo. Continuamos con nuestro rodeo del pueblo, siempre en dirección noroeste. Pronto lo dejamos atrás, mientras el camino nos dirige hacia la sierra de Badaia. Este macizo se extiende de norte a sur, por lo que desde Mendoza

ofrece un aspecto bien distinto. Desde la cima del monte Oteros, en cambio, se aprecia una multitud de vaguadas y barrancos que rasgan la muralla caliza.

Tras pasar por debajo del tendido eléctrico, nos apresuramos para conectar con el encinar. El camino principal gira a la derecha en la cuesta de la Barrera. En ese momento se nos suman las balizas rojiblancas del sendero GR 25. Tenemos que estar atentos, porque nuestra ruta se desvíe hacia el norte (derecha), sin entrar en las torrenteras de Badaia.

Así, con las marcas rojiblancas como compañeras, realizamos un tramo tranquilo. Pronto nos presentamos ante un cruce. Tomamos el ramal de la izquierda y subimos por una calzada de piedra caliza. Comenzamos la subida a Larrinzarga-

na. Ascendemos con comodidad, sin demasiado esfuerzo. Cerca ya de la loma caminamos junto a un muro de piedra. Tenemos el escarpe cerca, mientras vemos a nuestra izquierda las vaguadas y barrancadas de Badaia. Una vez en la cumbre, se abren ante nosotros grandes vistas hacia Gasteiz y hacia el desfiladero de Oka, ubicado detrás de Otogoien.

Dejamos atrás Larrinzargana y perdemos altura por el sendero. Pocos metros después de superar una barrera aparecemos en una pista forestal. Es el momento de acercarnos a Otogoien, por lo que nos alejamos de la ladera montañosa y caminamos cuesta abajo. Muy cerca ya de la ermita de Ubarriaran, ante una barrera metálica, sin cruzarla, giramos a la izquierda y subimos varios centenares de metros acompañados del

La cueva de Los Goros se oculta en un barranco de Otogoien.



FICHA TÉCNICA



GR 25. Al finalizar la cuesta, giramos a la derecha por el camino a Otobarren. Avanzamos por el encinar en zigzag hasta ver otra barrera. Esta tampoco la cruzamos, sino que tomamos el sendero que sigue por la izquierda. Así, salimos de la galería vegetal que forma el tupido encinar y llegamos a la pista forestal que conduce al pozo de Loiatea y a la ermita de Santa Marina. Cruzamos la pista y continuamos en la misma dirección por el ancho camino. En pocos minutos, nos sale al paso la vaguada de Goro. Por la derecha, llegamos a Otogoien.

LA MORADA DEL BASILISCO

Continuamos nuestra ruta por detrás de la iglesia de Otogoien. El asfalto da paso pronto a una pista agrícola. Cuando tuerce a la izquierda debemos abandonar para seguir recto por un



Torre de Martioda, entre las sierras de Arrato y Badaia.

sendero, hasta encontrarnos con el arroyo del barranco de Oka. Giramos a la derecha y, después de cruzar la barrera, nos dirigimos hacia Martioda. Una vez fuera del encinar, dejamos una pista forestal a la izquierda y llegamos a un cruce de cuatro caminos. Estamos en la zona de Landeta y a la izquierda vemos las ruinas de la

iglesia de Urrialdo, rodeadas de trigales. Proponemos ir hasta ella y volver: se trata de un paseo ameno y tranquilo. Aunque llegó a tener hasta treinta casas, hoy no quedan en pie más que los restos del templo.

Una vez completada la visita, regresamos al camino principal y nos dirigimos hacia Mar-

tioda. Cuando nos encontramos cerca ya de la casa-torre, cruzamos la carretera y subimos la cuesta para internarnos en el pueblo. Dejamos la torre-palacio a la derecha y descendemos por la izquierda, junto a unos chalés, hasta que, a la altura del número 13, giramos a la derecha y enfilamos hacia Mendoza.